

Nihilismo y ética

Tenemos ante nosotros dos temas contemporáneos de máxima importancia: el nihilismo y la ética. Temas que parecieran ser excluyentes. Muchas preguntas nos vienen a la mente: ¿Qué es el nihilismo? ¿Qué es lo que oculta? ¿Puede el hombre vivir en el sin sentido o sólo es un tiempo para replantear nuestra manera de vivir? ¿Qué ha hecho el nihilismo de la ética? ¿Es posible aún la ética en un mundo nihilista? ¿Para qué sirve la moral si todo está permitido? ¿Por qué debemos ser morales si sólo vale lo que queremos?

Decía Sócrates que una vida sin indagación no es digna de ser vivida por el hombre. Este ensayo no pretende dar respuestas definitivas a las preguntas planteadas, sólo es una reflexión que busca acercarse a la comprensión del fenómeno humano, a partir del cual pueda incitar a reflexionar sobre estos dos temas urgentes para la vida actual.

Nihilismo y Dios

La modernidad empezó con un proceso denominado “desacralización”, es decir, quitarle el valor sagrado a la naturaleza y a Dios mismo. En un pasaje del *Así habló Zaratustra*, Nietzsche dice que los dioses se murieron de risa cuando uno solo dijo que él era el verdadero Dios. ¿Qué significado tiene esa metáfora? Al parecer Nietzsche pensaba que el judaísmo y el cristianismo empezaron un proceso de desacralización que terminó con Dios mismo. Los personajes bíblicos condenan a otros dioses y prohíben a su pueblo a creer en ellos, porque Dios es celoso. Al aliarse el poder político con el cristianismo, los otros dioses terminaron siendo pros-

critos. Así, la risa de los dioses es porque saben que no puede existir un solo Dios, sino dioses. La modernidad completará el proceso, le quitará a Dios su divinidad y se la entregará al propio hombre. Sin embargo, en el siglo XX, el hombre también ha muerto, encontrándose con la nada. Dioses, Dios, Hombre y Nada. De allí que sólo en Occidente pudo haberse dado el nihilismo.

Este Dios único separado ontológicamente de su creación es una de las fuentes del nihilismo. Pues si los pensadores cristianos hubiesen identificado de alguna forma a Dios con su creación, entonces quizá no hubiera terminado destronado. El relato bíblico nos habla de un Dios que con la palabra crea (Dios dijo), porque él es palabra creadora, Verbo divino. Ese verbo se convertirá con el pensamiento griego en un verbo racional. En el segundo relato de la creación, es el hombre el que, a imagen y semejanza de Dios, da nombre a las cosas de la naturaleza. Sin embargo, no aparece un nexo ontológico entre Dios y la creación, sólo la idea de creación, palabra, cuidado, bondad de lo hecho, etc. ¿Quizá porque los autores no tenían una intención filosófica sino de inculcar una actitud? Es muy posible. Lo cierto es que el pensamiento teológico (mezcla de ideas griegas y judeocristianas) no encontrará justificación para producir ese nexo sustancial vital, ontológico.

Nihilismo y lo absoluto

Profetiza Nietzsche la muerte de Dios, que ha sido interpretado como el derrumbe de los absolutos en la vida humana. Dios absoluto que representaba el Bien, la Belleza y la Verdad absolutos ha dejado de existir, mejor aún, ha dejado de tener valor. Y si lo absoluto ya no vale, ya no nos sirve para discernir entre el bien y el mal, algunos han terminado creyendo que todo es posible. Es la época del “todo vale”, de la expansión de las experiencias subjetivas, sin *telos* que de sentido a lo que hacemos.

Sin embargo, ¿es lo absoluto causa del nihilismo? Pues no, siempre y cuando lo absoluto no elimine lo relativo y fenoménico. Y las tradiciones premodernas lo entendían así. Heráclito y Lao Tzu habían observado las contradicciones de la vida humana, las limitaciones del mundo fenoménico, que tenía un sentido en el *Logos* y el *Tao* respectivamente. Es decir, la idea de un absoluto que abarcaba lo relativo y fenoménico no podía traer como consecuencia el nihilismo. Lo absoluto y lo relativo jugando en el deve-

nir universal. Eso también era representado con la danza del Dios hindú Shiva que al bailar crea, conserva y destruye el universo. Sin embargo, hoy los opuestos en el corazón del hombre (del hombre sin Dios diría Pascal) no tienen una síntesis en lo absoluto, por lo que termina con la vida del hombre mismo. El hombre se ve a sí mismo como una lucha permanente, un conflicto sin solución.

Dios absoluto no quiere decir Dios único. Lo absoluto es lo absuelto de condicionamientos, cuya naturaleza no le impide participar, intervenir, jugar, manifestarse en el devenir. Por eso, puede distinguirse entre la divinidad y dios, entre aquel fundamento absoluto incognoscible y las formas condicionadas de entender a Dios. Visto positivamente, el nihilismo ha permitido desmitificar una forma histórica de concebir a Dios que quería pasar como la forma definitiva y única de entenderlo. El gran peligro es que crea haber disuelto la necesidad de lo absoluto, lo cual sería una gran mentira. Ni el que se considera posmoderno puede deshacerse del absoluto: su propia experiencia, algún valor particular, una meta que lo mantiene vivo, etc. No entender que el hombre no sólo aspira sino es sostenido por lo absoluto es que puede producir hombres cínicos que viven bajo la consigna “todo vale”. Y sin duda, el sistema cultural decadente requiere y reproduce este tipo de personas.

El nihilismo se hizo cultura con la época moderna y fue Nietzsche quien nos hizo ser conscientes de ello. En este pensador, el nihilismo tiene dos formas: a) La pérdida de sentido, de fe, de las grandes categorías de occidente, la idea de “fin”, “unidad”, “ser”, “verdad”, “Dios”. Eso es lo que hemos sostenido con la muerte de una forma histórica de ver a Dios que se impuso como definitiva. b) Como consecuencia de lo anterior, la vida humana, la existencia, pierde sentido. ¿Por qué tenía que derivar en eso? No encuentro otra razón sino en la racionalización de la cultura occidental europea. El cansancio de los intelectuales europeos de seguir pensando en función de absolutos arrastró a otros niveles sociales hacia esa neblina sin sentido. El nihilismo pasó de ser intelectual a ser nihilismo vital (antivital sería mejor).

Aquí está precisamente la fatalidad de Europa, con el miedo al hombre hemos perdido también el amor al mismo, el respeto, la esperanza en él y tenerle voluntad. El aspecto de hambre ya cansa, ¿qué es nihilismo hoy, si no es esto? ... Estamos cansados del hombre... (*Genealogía de la moral*, II, 12).

El hombre genérico, la humanidad, deja de ser importante para el hombre y con ello todo proyecto colectivo, todo ideal, deja de tener sentido. ¿Por qué? Porque el humanismo, consecuencia del pensamiento teológico cristiano, había querido encontrar la razón de ser del hombre en un Dios trascendente que justamente le quitaba el sentido. Él era el sentido. Por eso, el humanismo no religioso tiende siempre al fracaso. Con Dios y sin él, el hombre moderno ha perdido la brújula, en tanto no ha sabido distinguir el sentido de lo absoluto y la concepción de lo absoluto. Nietzsche mismo teóricamente los confundió, porque sabiendo de la necesidad vital de un absoluto, propone una idea de superhombre que sólo algunos alcanzarán. Reemplazó un concepto de Dios por otro, cuando lo más consecuente con su pensamiento hubiese sido renovar el sentido de lo absoluto.

Nihilismo y vida

Nietzsche hace referencia al budismo como otra religión nihilista. Revisemos esta tradición. El budismo primitivo no fue primeramente una filosofía, aunque la contenía. El budismo primitivo construye su praxis en la siguiente enseñanza del Buddha Sakyamuni: todo lo que nace tiene que morir, todas las cosas son impermanentes e insustanciales, es la naturaleza de todas las cosas condicionadas el dejar de existir. Una expresión de esta filosofía de la impermanencia y la insustancialidad, es el siguiente texto del *Visuddhi Magga*:

Sólo el sufrimiento existe, pero no se encuentra al que sufre.
Las acciones son, pero no hay actor de las acciones.
El nirvana es, pero ningún hombre entra en él.
El camino es, pero ningún caminante es visto.

Sólo la impermanencia existe, pero no los elementos sustanciales. El *samsara*, la rueda de nacimientos y muertes, es la vida fenoménica, cuya dinámica no depende plenamente de nosotros. Aunque sí depende poder salir de dicha rueda. Luego el budismo Mahayana continuará esa línea y señalará que todo es vacío, “la materia es vacío, el vacío es materia” dice el famoso *Sutra del Corazón*. Y el *Sutra del Diamante* termina así:

Así debéis considerar todo lo de este mundo efímero:
Una estrella al amanecer, una burbuja en un arroyo;

un relámpago en una nube de verano;
una llama vacilante, una sombra y un sueño.

Pero, ¿fue el budismo una filosofía nihilista? Nietzsche llama nihilista al cristianismo y al budismo (*Anticristo*, n.º 20) porque con ellos se pierde la voluntad de vivir y aparece la voluntad de nada (Dios, Nirvana, más allá):

Cuando se coloca el centro de gravedad de la vida *no* en la vida, sino en el “más allá” *en la nada* se le ha quitado a la vida como tal el centro de gravedad... Vivir *de tal modo* que ya no tenga *sentido* vivir, eso es lo que ahora se convierte en el sentido de la vida... (*Anticristo*, n.º 43)

Es curioso como este texto sólo tenga sentido dentro de un modo moderno de ver el mundo, marcado por la desacralización. ¿Qué es la “vida como tal”? Desde un punto de vista positivista, esta vida terrenal (biológica, social y psicológica). Pero el cristianismo primitivo hablaba de plenitud de la vida, que pasa por esta vida. Aunque la tradición cristiana posterior acentuará el más allá como la vida plena. Será el misticismo cristiano a fines de la edad media que volverá a la idea de plenitud en esta vida. En todo caso, tenía un concepto más amplio de vida, por lo que con un concepto más restringido no podemos evaluar su valor. Más aún, el tema del valor religioso de la vida (al que hace referencia el texto) es cristiano, aunque se le quite la idea del más allá y sea reemplazado por la voluntad de vivir o la voluntad de poder, que son consecuencias del valor de la vida. Es decir, el tema del valor de la vida en Occidente fue planteado por el cristianismo, repensar sobre él es mantenerse sobre suelo cristiano. Una ruptura total con el cristianismo hubiese implicado dejar de hablar del valor de la vida.

La lectura nietzscheana del cristianismo y del budismo es en especial del devenir de esas enseñanzas. La enseñanza de Jesús a vivir el presente, sin preocuparse por el pasado ni por el futuro, porque el sentido del tiempo está en el ahora, eso es algo que se fue perdiendo en el cristianismo. Hay pues en la tradición judeocristiana una vena existencial que no separa la vida presente de la vida futura (“más allá”). Dios es un Dios con nosotros, presente, cuya existencia se siente. Dios plenifica la vida presente del hombre. Sólo cuando se acentúa el “más allá” es que Dios mismo se va alejando de la experiencia religiosa cristiana.

Del mismo modo, cuando el Buddha no define el *Nirvana* es porque no puede ser objeto del pensamiento, sino de una forma

de vida diferente, una vida plenificada. El Buddha Sakyamuni nunca definió el *Nirvana* porque prefería una aproximación desde la comprensión de nuestra condición fenoménica; el percibir las cosas tal como son (*yathabhutham*), la visión cabal de las cosas (*vipassana*), son los factores que liberan al hombre de la ignorancia. La meta no está fuera de lo cotidiano. A lo mejor por eso Nietzsche escribió que “El budismo no es una religión en que meramente se aspire a la perfección: lo perfecto es el caso normal” (*Anticristo*, n.º 21).

Lo que quiero sostener es que Nietzsche no entendió a dichas tradiciones desde sus marcos primigenios, sino desde sus desarrollos posteriores. De lo contrario hubiese entendido que sus propuestas de “más allá” en realidad eran de un “más acá”. Y es que en ambos casos, hay la firme convicción de entender (para decirlo al modo de MacIntyre) al hombre no sólo tal-y-como-es sino también tal-y-como-podría-ser-si-realizara-su-naturaleza-esencial. Y ese *telos* es el que da sentido a cada momento, al presente. En términos religiosos, lo profano adquiere sentido en la presencia de lo sagrado. Frente a eso, el hombre que promueve el nihilismo es incoherente, superficial, presentista, individuo que desperdicia la vida, donde el ser se ha desvanecido y goza en el sinsentido.

Nihilismo y finitud

Hemos dicho que el nihilismo como cultura rechaza la idea de lo absoluto, sea como Dios, ser, orden universal, esencia, sustancia, etc. Todo se ha disuelto. La nada se convierte en el abismo donde terminan todos los entes finitos.

Esto supone una concepción de lo finito aislado y no interrelacionado íntimamente con los otros entes finitos. Cuando se habla de lo finito se refiere a *algo* finito, es decir, en la misma concepción de *algo finito* se encuentra el elemento negativo. Al no ver ese *algo* como proceso o movimiento es que se hace relevante lo finito como algo sólido, estable, que no cambia con rapidez. Y donde está lo estable, también está lo inestable. En el mismo concepto de finitud esta presente la nada. Se puede hablar de algo en la medida que es posible hablar de nada. Y desde ese concepto de finitud —sin diálogo posible con lo absoluto— existe la convicción de que “el sujeto finito, empírico, condicionado, no tiene capacidad para establecer lo incondicionado, lo absoluto, lo incontrovertible”

(González: 1993, 167). Así, el nihilismo posmoderno tiene una experiencia trágico-cómica de la finitud, de la nada, de lo contingente, de lo efímero. No es la serena contemplación budista de la impermanencia de las cosas, serenidad budista que hasta hace surgir una suave sonrisa en los labios de los budas. Y es que esa experiencia budista de la impermanencia también significaba la experiencia de la plenitud, del nirvana.

Así, la nada pasa a ser el nuevo absoluto; la nada como vértigo y disolución. Lo absoluto de algunos posmodernos es la nada. La nada tanto metafísica como existencial. Escapando de lo absoluto caen en garras de otro absoluto, pero uno que nos desgarrar, nos fragmenta, nos angustia, nos mata. Ese es el hombre que ya Pascal veía. Él observaba al ser humano como una lucha de opuestos que no tiene solución, contradicciones que hacen la vida humana una tragedia constante:

No somos más que mentira, duplicidad, contrariedad, y nos ocultamos y nos fingimos a nosotros mismos. (*Pensamientos*, n.º 187).

Pascal siente la finitud de manera negativa, porque somos seres alejados del infinito del cual venimos y de la nada a la cual iremos. Hombre de su tradición, Pascal no puede concebir un Dios cercano e íntimo. Y cuando habla del hombre con Dios, sigue entendiéndolo como un ser trascendente ante quien sólo cabe devoción. Ausencia de una actitud mística por estar atrapado en dualismos de toda índole.

El nihilismo como la noche oscura

El nihilismo nos quiere decir, después de todo, algo importante: que todo lo que hemos hecho para dar sentido y seguridad a nuestra vida no ha dado resultado. Y ese desencanto no nos permite atender a lo que es, olvidándonos del mundo, la sociedad y de uno mismo. ¿Tendremos que vivir como si no existiese?

En el itinerario espiritual de San Juan de la Cruz, la noche oscura es el momento en que todo deja de darnos seguridad, aun la idea de Dios mismo, porque cuando el alma está absolutamente sola es que Dios puede habitar en ella. Momento que habría vivido también Jesús en la cruz cuando dijo: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. El nihilismo de la cultura occidental representaría la noche oscura de la cultura occidental (y de los que hemos

sido influenciados por ella), donde ningún valor humano tiene sentido, y el alma occidental se encuentra en esa misma situación que nos narraba San Juan de la Cruz. Pero, mientras el místico español asumía la noche oscura, el hombre occidental no asume el nihilismo, huye de él y busca seguridad en religiones, ideologías, creencias, hasta en la propia nada, sin terminar de comprender que tampoco ahí existe la seguridad tan anhelada. Ni el profeta del nihilismo, Nietzsche, quiso asumir el nihilismo porque buscó la seguridad en una nueva idea: “el superhombre”. Frente a la “voluntad de nada” resaltó la “voluntad de vivir”, para ello requería de una fe en una nueva idea: el superhombre. Y esa fe convirtió la “voluntad de vivir” en “voluntad de poder”. Y con ello la voluntad de poder se convirtió en una nueva expresión del nihilismo occidental. Así Nietzsche también se convirtió en un decadente porque creó un fin fuera de la vida misma. Asumir el nihilismo es asumir los límites del lenguaje y convertir a la vida un movimiento de búsqueda antes que de fijación de ideales.

El hombre moderno negó un sentido natural de la vida y se propuso darle uno nuevo: humanizar al mundo. Por eso disoció naturaleza y moral, y reclamó una ética autónoma. Pero hoy podemos ver que todos los medios que hemos buscado para tener sentido y seguridad también han fracasado. Hemos producido un mundo inseguro, violento, injusto, dividido, con nuestros grupos ideológicos, religiosos, de intereses económicos, político-militares, etc. Y así creamos más confusión y desorden en el mundo en que vivimos. Todo movimiento que trata de salir del nihilismo es después de todo expresión del mismo nihilismo.

¿Existe una salida?. Se cree que una salida es volver a cualquier grupo que nos ofrezca un sentido a nuestra vida, y en el mercado de ideologías y creencias hay para todos los gustos y necesidades. Esto supone generalmente no considerar el proceso cultural ni la vida humana como un movimiento de búsqueda. El retorno a los modelos tradicionales —como si fueran patrones inmutables—, contra los que precisamente reaccionó la cultura moderna, sólo nos pueden consolar pero no resuelven el movimiento de la cultura moderna. Y hay expresiones que nos hacen pensar que el retorno a los modelos tradicionales idealizados puede crear más confusión al mundo moderno.

¿Entonces en qué consiste la salida? La salida consiste en no salir, lo cual no significa ensimismarse o volver a una actitud es-

piritualista. Tendremos que asumir el nihilismo y comenzar a atender lo que somos. Asumir el nihilismo significa no aceptar o rechazar el nihilismo, sino ver que todo lo que hemos creado (dioses, ideologías, creencias, etc.) para que nos den sentido y seguridad no nos lo han dado. Y no lo han dado porque hemos creído encontrar seguridad en el pensamiento (que crea sentido y da seguridad). Pero el pensamiento se ha convertido en un proceso limitado, fragmentado y egocéntrico. Por lo tanto, el pensamiento que ha arrojado frutos en el ámbito científico-tecnológico no puede dar sentido a la vida humana. La certeza cartesiana del *ego cogito* ha producido el nihilismo. Decía Pascal que la “única cosa que nos consuela de nuestras miserias es la diversión y, sin embargo, es la mayor de nuestras miserias. Porque es esa la que nos impide principalmente pensar en nosotros mismos, y que hace perder insensiblemente” (*Pensamientos*, n.º 217). Y el pensamiento que Pascal consideraba la grandeza del hombre (*Pensamientos*, n.º 257) se ha convertido en la peor de nuestras miserias porque no nos permite vernos tal como somos. Parafraseando a Pascal, diríamos que el pensamiento es la grandeza del hombre, pero también la mayor de nuestras miserias.

La vida, más que un conjunto de ideas a las cuales aferrarse, se convierte en ámbito de indagación, de conocimiento de sí mismo. Entonces la mente humana, si ya no busca la certeza en sí misma, tiene que habérselas con la inseguridad y la impermanencia de la vida, con lo vulnerable de la vida humana, lo cual debiera generar una actitud de cuidado. Sólo nos hacemos la pregunta por el sentido de la vida cuando no estamos viviendo plenamente, cuando el pensamiento que guía nuestra vida quiere darle un motivo, huyendo del encuentro con el otro por medio de la subjetividad. La atención al mundo significa consideración o cuidado por el espacio en el que uno vive y en el cual se desarrollan los acontecimientos. Aquí empieza una ética unida a la vida.

¿Y de lo Absoluto? Si lo Absoluto existe, no puede ser una creación del pensamiento. Por eso, para qué aferrarse a una idea de lo Absoluto. Comprender los límites del pensamiento significa empezar por el “sólo sé que nada se” (Sócrates), la Docta ignorantia (Nicolás de Cusa) o la ignorancia Iluminada (Jacob Grinberg). Entonces la libertad estará al principio y no al final. Es esa nube del desconocimiento lo que nos hace sentir lo absoluto en la mirada de un niño, en el viento del atardecer y en la soledad. Así, como

en el *Bhagavad Gita*, lo absoluto toma múltiples formas, adaptables a la percepción humana.

¿Por qué debo ser moral?

En una de mis conversaciones con jóvenes alumnos sobre los valores que rigen el mundo contemporáneo, ellos descubrían que estamos viviendo en búsqueda de dinero, placer, poder y prestigio. Pero uno de ellos, reaccionando, dijo: “si el hombre es un ser social, ¿por qué tenemos que vivir diferente?. Así se vive, así es la sociedad y no podemos vivir aislados”. Lo que estaba detrás era después de todo la pregunta ¿por qué debo ser moral si la sociedad no funciona así? En una época donde hay un predominio de conocimientos y tecnologías, creemos que sólo podemos dar razones para actuar en esos ámbitos. La mente posmoderna se ha vuelto incapaz de dar razones para asumir normas morales y actuar de acuerdo a ellas y así no podemos ponernos de acuerdo con otros con los cuales vivimos, es la época de la desjustificación de las normas morales.

La justificación resumida de Kant fue decir que debemos actuar moralmente simplemente porque debemos hacerlo así, es decir, por el deber racional mismo. Kant confiaba en la razón y pensaba que ella podía garantizar una verdadera moral autónoma. Hay esta visión de Kant ha resultado limitada porque el filósofo sólo justifica las normas en y para la dignidad de la persona racional, quedando fuera los seres no racionales. Los planteamientos de una ética ecológica han planteado la necesidad de considerar a los otros no humanos dentro del discurso ético.

Pero la razón ha mostrado que tenía muchas irracionalidades, lo cual ha producido otra desilusión. “Los postmodernos... saben demasiado sobre las miserias de la propia razón para seguir confiando en ella” (González 1993, 167). Son los restos de las sociedades tradicionales o premodernas los que ofrecen razones para actuar moralmente. Sin embargo, el nihilismo de las sociedades posmodernas hacen insuficientes y conflictivas esas fundamentaciones. El contexto de justificación o fundamentación (dar razones para actuar) es tan endeble que es necesario un contexto más amplio, un contexto de descubrimiento, desde donde se pueda volver a hacer la pregunta por la moral, que pueda enriquecer la razón en su tarea de dar razones para actuar.

¿Quién hace la pregunta?

La pregunta “¿por qué debo ser moral?” puede revelar algunos síntomas de la decadencia de los fundamentos de la civilización moderna. Entre ellos podemos ver los siguientes:

a) “¿Por qué debo ser moral?”, pregunta que puede nacer como reacción para proteger la imagen que uno tiene de sí mismo, la cual queremos cultivar. Y es que lo moral siempre es el ámbito del encuentro con el otro, por lo que resulta sospechoso para la mentalidad egocéntrica. Sentimiento y pensamiento egocéntrico que se convierten en fundamentos de la cultura a partir de la época moderna.

La famosa frase de Descartes, “*cogito ergo sum*” (pienso, luego existo), ha conducido al hombre occidental a considerar su identidad con su mente, en vez de con la totalidad de su organismo. Como consecuencia de la división cartesiana, la mayoría de los individuos tienen conciencia de sí mismos como egos aislados existiendo “dentro” de sus cuerpos. La mente ha sido separada del cuerpo y se le ha dado la fútil tarea de controlarle, causando de esta manera un conflicto aparente entre la voluntad conciente y los instintos involuntarios. Cada individuo ha sido dividido además en un gran número de compartimientos separados, de acuerdo a sus actividades, talentos, sentimientos, creencias, etc., que están ordenados en un sin fin de conflictos generadores de confusión metafísica y frustración continua. (Capra 1992, 30)

Y sobre el *ego cogito* se fundamentó la cultura moderna. Es esta visión fragmentaria y mecánica del mundo la que está en crisis, el nihilismo es la crisis de los fundamentos de la cultura moderna. Y es que al mirar el mundo desde nuestros egos con sus ideas, creencias e ideologías, nuestra mente ha dado diferentes razones incoherentes y contradictorias para vivir y actuar. Ahora, la cultura occidental se ha cansado del pensamiento, de la razón, lo ha reemplazado por la voluntad, los sentimientos, las pasiones, y su lema es: *volo ergo sum*, “quiero, luego soy”. El despliegue ilimitado de las experiencias individuales. Todavía no se logra percibir que el pensamiento y la voluntad crean problemas cuando están centralizados en la idea del ego. Por ello creo que el nihilismo posmoderno es expresión del egocentrismo moderno, porque se niega a ver nuestro lazo vital con el otro y sólo se interesa por la libertad individual.

Y desde ese egocentrismo vivimos desesperadamente buscando el “más” en el placer, poder, saber, tener, y así se quiere ser

alguien en la vida, lo cual no contradice el conformismo y la indiferencia sino que los supone y los necesita. Si estamos satisfechos con lo que pensamos, sentimos y hacemos (que es generalmente lo que otros quieren que pensemos, sintamos y actuemos), si vivimos tranquilos con nuestros esquemas y falsas seguridades, eso nos puede permitir alcanzar lo que queremos, nuestra imagen de lo que debemos ser. Pero eso significa una huida de nosotros mismos. Ser indiferentes y conformamos con la destrucción sistemática del planeta, de grupos humanos y de animales, con la explotación de los sentidos, con los ídolos, el autoritarismo y el sin sentido de la forma de vida contemporánea. La indiferencia nos permite huir tranquilamente no sólo del mundo sino también de nosotros mismos. Sin embargo, el mundo no es un ente, una cosa, un lugar diferente de la vida de cada uno de nosotros. El mundo es lo que estamos haciendo de él. Por ello, no comprenderse a sí mismo es no comprender el mundo. La vida individual no está separada del mundo, creer eso es tener una visión fragmentada del mundo.

b) “¿Por qué debo ser moral?”, “¿por qué no se puede vivir como uno quiere?”. La mente egocéntrica y cansada de tanta información, de tanta racionalización e historia, sólo reacciona buscando protección, seguridad, evitando ser destruida. Por eso, al preguntar “¿por qué debo ser moral?” muchas veces no es para buscar razones o motivos para actuar sino como reacción del estado de conformismo e indiferencia que ahora trae la corriente neoliberal y posmoderna.

Con el conformismo nos hemos habituado al estado de cosas que hemos heredado (patrones de conducta, pensamientos y sentimientos), desilusionados de todas las grandes utopías que prometieron cambiar el mundo han fracasado. “¿Por qué querer cambiar el mundo?. Dejemos las cosas tal como están. Lo único que importa es ser feliz, disfrutar, pasarla bien”. El conformismo es el agotamiento de la forma de pensar, sentir y actuar de la manera como lo hemos venido haciendo. El conformismo como actitud constante necesita del nihilismo como forma de vida. Las sociedades modernas no tienen ningún interés en dar un sentido a la vida de los seres humanos, sólo sigue tejiendo el entramado de incoherencias y contradicciones que no puede resolver y hay que adaptarse a ellos.

El conformismo es un sistema de seguridad para no atrevernos a ver otras posibilidades, no atrevernos a preguntar e indagar. Se prefiere la seguridad de lo conocido al riesgo de lo desconocido. Más aún, el conformismo simplemente huye del ver y del verse a

sí mismo. Nos conformamos con ideas, imágenes, representaciones, sueños, con la vida mecánica y monótona, hasta que algún predicador (humanista, político, religioso o militar) encienda nuestra voluntad de vivir, generalmente para mantener las mismas estructuras internas de vivir. La observación de todo este sin sentido de nuestras vidas y del mundo, todo lo que pensamos, sentimos y hacemos, es el primer paso para cuestionar el conformismo.

La moralidad inmoral

Cuando nos preguntamos “¿por qué debo ser moral?”, con respecto a la moral, significa que:

a) Estamos persiguiendo algo que se considera que es inmoral, que va en contra de lo que nos han enseñado. Sin embargo, el peso de la inmoralidad reinante y la fuerza de lo irracional terminan por aplacar la voz de la conciencia. “Si la mayoría lo hace, ¿por qué no hacerlo?” es la justificación de nuestras acciones. Nos interesan más los resultados que podamos obtener que lo que realmente hacemos. Y es que estamos persiguiendo el placer en todas sus formas: político, económico, religioso, sensorial e intelectual. El peso de la búsqueda del placer es más que de la culpa porque hay una necesidad urgente de afirmarse a sí mismo como ego antes que llegue la muerte. Tememos la finitud y creemos que con el disfrute venceremos ese temor. Y mejor aún si dejamos huella en los demás. El deseo de inmortalidad está sustentado en el miedo a la muerte. Así perdemos la vida y nunca comprendemos el significado de la muerte.

b) Pensamos que la moral es un asunto de normas, ideales, deberes, obligaciones, que guían la vida de una manera determinada. Por eso, el hombre posmoderno cree que vivir sin moral es desplegar nuestra voluntad, poniendo en juego la libertad, al final siempre sentimos que la hemos perdido. “¿Por qué debo ser moral?” equivale, desde ese supuesto errado, a “¿por qué no puedo hacer lo que quiero?”.

Recordemos que la moral kantiana afirmó el deber, mientras que la moral nietzscheana afirmó la voluntad, como fundamento de la moral. Ambos apreciaban y defendían la libertad. Sin embargo, ambos tipos de moral son visiones parciales, expresión de la fragmentación del pensamiento. La libertad no se gana ni se pierde con la afirmación del *deber* o la *voluntad*, porque no depende sólo de ellos. La libertad no puede ser definida ni manipulada

por la mente humana, pero podemos preguntar por ella ¿qué es realmente la libertad? Y la búsqueda de respuesta es conocerse a sí mismo y conocer el mundo en que vivimos, así se pone en movimiento la misma libertad.

En la tensión entre lo que “yo quiero” y lo que “yo debo”, existe la creencia común de que son dos cosas diferentes. Las palabras “yo”, “quiero”, “debo”, son todas un conjunto de pensamientos y sentimientos, procesos mentales que dependen unos de otros. Este tipo de moral de opuestos ha creado una contradicción que genera constantes conflictos en la vida social. Antiguamente se podía trascender ese conflicto porque existía un principio unificador, pero ahora la cultura no tiene ningún principio supremo. El hombre posmodernovaga errante sin interesarle ninguna dirección. Pero ya no es el peregrino de antaño que andaba en búsqueda, ya no es el profeta que en el desierto busca a Dios, sino sólo un vagabundo al cual le da lo mismo ir que venir.

La crisis moral que vive la cultura contemporánea no sólo es la crisis de los fundamentos de la moral moderna, sino también es la crisis de los fundamentos de la misma cultura moderna. La forma de vida moderna nos hace ser inmorales, porque tiene una moral centrada en una idea limitada y aisladora del ego, nuestra conciencia moral es una conciencia egocéntrica que busca la recompensa y trata de evitar el castigo. Esta conciencia egocéntrica no ha unificado la conciencia sino la ha fragmentado, porque esa conciencia ya era parte de una fragmentación: conciencia psicológica y conciencia moral. Es una conciencia fragmentada porque se siente separada de las otras conciencias (sin embargo, quiere ser fraterno) y dentro de sí misma (conflicto entre razón, emociones, voluntad, sentimientos, etc.). Es una conciencia aislada de la humanidad, de la naturaleza y del universo. Y esta ética egocéntrica al producir tantos conflictos, nos ha vuelto conformistas e indiferentes, y así subestima el potencial de crecimiento y bienestar del ser humano. Una moral que busca conformar al individuo a los patrones sociales, así como desecharlos, produce inmoralidad.

Moral significa ser morada

La palabra moral está emparentada con morada, así como la palabra ecología con hogar. La moral es la morada interior-exterior en la cual vivimos. Y si nuestra morada está desordenada y llena

de basura, ya no puede ser un hogar. Uno vive en el espacio de la morada, pero si la contaminamos, la llenamos con basura radioactiva, con ideologías, ídolos, temores, heridas, etc., entonces ¿cómo podemos vivir en paz?

Cuando uno comprende con su vida que la moral es morada, entonces hay un cuidado por su espacio, es decir, responsabilidad, que ya no será producto de la obligación del pasado. Atención implica cuidado, aprender el arte de vivir, de vivir bien. Desde aquí la pregunta inicial ya no tiene sentido. La moral del hombre universal no significa tener un conjunto de normas válidas para todos los seres humanos, sino asumir el mundo, la naturaleza, la vida, como morada a la cual pertenecemos. No estamos desestimando una ética de mínimos que sea universal, pero ella tiene que ser también un sentimiento, un espíritu que anime nuestras existencias personales y colectivas.

La ética, morada en la cual vivimos o estancia en la cual nos relacionamos con lo que es, tiene que ver con toda nuestra existencia, no con una parte de ella. El egocentrismo es lo que cierra la morada y terminamos creyendo que somos seres separados de los demás y divididos interiormente en muchas partes. Es de eso que tenemos que despertar, ver que hay un único mundo, un solo espacio, que todo es uno. “Heráclito dice que para los que han despertado hay un solo y mismo mundo, mientras que cada uno de los que aún duermen están vueltos hacia el suyo particular” (Frag. 89. Cfr. también los fragmentos 1, 2 y 50). Y ello no es posible si uno no se conoce a sí mismo, porque es en el conocimiento de sí mismo que uno puede ver lo que es: lo que piensa, siente y hace, donde uno puede aprender de lo desconocido y leer el libro de la vida.

Esto tiene que llevarnos a considerar todos los conceptos utilizados en la ética, desde las normas y los actos morales hasta conceptos como libertad y responsabilidad. No podemos aceptar la parálisis que provoca la conciencia moral posmoderna, es necesario comprenderla, asumirla y ver nuevas perspectivas para no repetir el pasado. Después de todo, una ética del conocimiento de sí mismo es el arte de aprender a vivir.

Bibliografía

- CAPRA, F. *El Tao de la Física*. Madrid: Luis Carcamo Editor. 1992.
- GONZÁLEZ CARBAJAL, Luis. *Ideas y creencias del hombre actual*. Santander: Sal terrae. 1993.
- NIETZSCHE, F. *Así habló Zarathustra*. Madrid: SARPE. 1983.
- NIETZSCHE, F. *El Anticristo*. Madrid: Alianza Editorial. 1974.
- NIETZSCHE, F. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial. 1972.
- PASCAL, Blas. *Pensamientos* (vol. I). Buenos Aires: Aguilar. 1973.